



CAPÍTULO XIV.

Fabricio coloca á Gil Blas en casa del conde Galiano, título de Sicilia.



L gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa.—Buenos dias, le dije al entrar, Señor Don Fabricio, flor y nata de la nobleza asturiana. Al oirme se echó á reir.—¿Conque has notado, me dijo, que me han tratado de *don*?—Sí, caballero mio, le respondí, y permíteme te diga, que ayer cuando me contaste tu trasformacion, te olvidaste de lo mejor.—Ciertamente, respondió; pero en verdad que si he tomado este dictado de honor, no es tanto por satisfacer mi vanidad, como por acomodarme á la de los otros. Tú conoces á los españoles; maldito el caso que hacen de un hombre honrado si tiene la desgracia de ser pobre ó plebeyo, y aun te diré que veo tantas gentes, y Dios sabe qué clase de gentes, que hacen les llamen Don Francisco, Don Gabriel, Don Pedro, ó don como tú quieras llamarle, que es preciso confesar que la nobleza es una cosa comun, y que un plebeyo que tiene mérito la honra cuando quiere agregarse á ella.

Pero mudemos de conversacion, añadió: anoche durante la cena en casa del duque de Medinasidonia, en donde entre otros convidados se hallaba el conde Galiano, título de Sicilia, se tocó la conversacion sobre los ridículos efectos del amor propio. Yo me alegré de hallar ocasion de divertir á la concurrencia sobre el mismo punto, y les conté la historia de las homilias. Puedes imaginar quanto reirian y qué apodos no se darian á tu arzobispo; lo que no te ha venido mal, porque se han compadecido de tí, y despues de haberme hecho el conde Galiano muchas preguntas acerca de tu persona, á las cuales puedes creer respondí como debia, me encargó que te presente á él, y para este fin iba ahora mismo á buscarte. Segun parece quiere nombrarte por uno de sus secretarios;

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO BETES, 3
1925 BURGOS, ESPAÑA



y te aconsejo no desprecies este partido. En casa de este señor te hallarás perfectamente; es rico, y hace en Madrid un gasto de embajador. Dicen ha venido á la corte á tratar con el duque de Lerma sobre ciertas haciendas de la corona que este ministro piensa enagenar en Sicilia. En fin, el conde, aunque Siciliano, parece generoso, lleno de rectitud y de ingenuidad. No puedes hacer mejor cosa que acomodarte con este señor, porque probablemente es el que debe hacerte rico segun lo que te pronosticaron en Granada.

Habia resuelto, dije á Nuñez, pasearme y divertirme algun tiempo antes de ponerme á servir; pero me hablas del conde siciliano de un modo que me hace mudar de intenciones: ya quisiera estar con él.—Pronto estarás, me dijo, ó yo me engaño mucho. Entonces salimos ambos para ir á ver al conde, que ocupaba la casa de Don Sancho de Avila su amigo, quien estaba entonces en una hacienda de campo.

Encontramos en el patio muchos pages y lacayos con libreas primorosas, y en la antesala muchos escuderos, gentiles-hombres, y otros criados. Si los vestidos eran magníficos, los rostros eran tan extravagantes, que se me figuraron una manada de monos vestidos á la española. Puede afirmarse que hay caras de hombres y mugeres á las que el arte no puede dar hermosura.

Habiendo Don Fabricio hecho pasar recado, fue admitido inmediatamente en la sala, á donde le seguí. Estaba el conde en bata, sentado en un sofá, y tomando chocolate. Le saludamos con demostraciones del mas profundo respeto, y él nos correspondió inclinando la cabeza, y con un aspecto tan afable, que le cobré grande inclinacion. ¡Efecto admirable y ordinario que causa comunmente en nosotros la favorable acogida de los grandes! Preciso es que nos reciban muy mal para que nos desagraden.

Despues que tomó el chocolate, se divirtió algun tiempo en jugar con un gran mono al que llamaba Cupido. Ignoro por qué pusieron el nombre de este dios á aquel animal, á no ser que fuese por causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no le parecia; pero tal cual era, su amo tenia puesto todo su cariño en él; y estaba tan prendado de sus gracias, que no le soltaba de sus brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentamos que nos hechizaban, lo que complació mucho al siciliano, quien suspendió el gusto que tenia en aquel pasatiempo para decirme:—En mano de vd. estará, amigo mio, ser uno de mis secretarios; si le conviene el partido, le daré doscientos doblones al año; hasta que Don Fabricio sea quien presente á vd. y responda de su conducta.—Sí, Señor, exclamó Nuñez, soy mas arrogante que Platon, que no se atrevió á salir por fiador de un amigo suyo que enviaba á Dionisio el tirano; pero no temo merecer reconvenciones.

Agradecí con una reverencia al poeta de Asturias su fina arrogancia, y despues dirigiéndome al amo le aseguré de mi celo y fidelidad. Apenas vió aquel señor que yo aceptaba su propuesta, hizo llamar á su mayordomo, á quien habló en secreto, y en seguida me dijo:—Gil Blas, luego te diré en lo que pienso emplearte; entretanto ve con mi mayordomo, que ya le he dado órden de lo que ha de hacer de tí. Obedecí, dejando á Fabricio con el conde y Cupido.

El mayordomo, que era un Mesines de los mas diestros, me llevó á su cuarto llenándome de cumplimientos. Hizo llamar al sastre de la casa, y le mandó hacer prontamente un vestido de igual magnificencia que los de los criados mayores. El sastre me tomó la medida y se retiró.—En cuanto á vuestra habitacion, dijo el Mesines, os he destinado una que os gustará. Ahora bien, prosiguió, ¿os habeis desayunado?—Respondíle que no.—¡Qué pobre mozo sois! me dijo; ¿por qué no hablais? estais en una casa en donde no hay mas que decir lo que se quiere para tenerlo: venid conmigo, que voy á llevaros á un parage en donde á Dios gracias nada falta.

Dicho esto me hizo bajar á la despensa, en la que hallamos el repostero que era un Napolitano que valia tanto como un Mesines, de modo que pudiera decirse de ambos que eran á cual peor. Este honrado hombre estaba con cinco ó seis amigos suyos atracándose de jamon, lenguas de vaca, y otras carnes saladas que les hacian menudear los tragos. Entramos en el corro, y ayudamos á apurar los mejores vinos del señor conde. Mientras esto pasaba en la reposteria, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero tambien obsequiaba á tres ó cuatro conocidos suyos, quienes no bebian menos vino que nosotros, y se hartaban de empanadas de perdices y conejos. Hasta los marmitones se regalaban con lo que podian pescar. Yo pensé estar en el puerto de Arrebatacapas, y en una casa entregada al pillage; pero cuanto estaba viendo era nada en comparacion de lo que no veia.



CAPÍTULO XV.

De los empleos que el conde Galiano dió en su casa á Gil Blas.



ABIENDO salido á hacer llevar el equipage á mi nueva habitacion, encontré á la vuelta al conde en la mesa con muchos señores y el poeta Nuñez, que con aire desembarazado se hacia servir como uno de tantos, y se mezclaba en la conversacion. Al mismo tiempo observé que no dejaba palabra que no cayese en gracia á los circunstantes. ¡Viva el talento! El que lo tiene puede hacer cuantos papeles quiera.

Por lo que á mí toca, comí con los criados mayores, que fueron servidos con corta diferencia como el amo. Acabada la comida, me retiré á mi cuarto, en donde reflexionando sobre mi condicion, me dije á mí mismo:—Ahora bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un conde siciliano, cuyo carácter no conoces. Si se ha de juzgar por las apariencias, estarás en su casa como el pez en el agua; pero de nada se puede estar seguro; y la malignidad de tu estrella te ha hecho ver muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Ademas de esto ignoras el destino que quiere darte. Ya tiene secretarios y mayordomo: ¿en qué querrá que tú le sirvas? Siempre querrá que lleves el caducéo, quiero decir, que seas su confidente secreto: pues sea enhorabuena. No se podria entrar bajo mejor pié en casa de un señor para andar mucho en poco tiempo. Sirviendo empleos mas honrosos se camina lentamente, y aun con eso no siempre se consigue el fin.

En medio de estas bellas reflexiones, vino un lacayo á decirme que todos los caballeros que habian comido en casa se habian marchado, y que su señoría me llamaba. Fuí volando á su aposento, en donde le encontré echado en un sofá para dormir la siesta, y con su mono al lado.—Acércate, Gil Blas, me dijo, toma una silla y escúchame. Obedecíle, y me habló en estos términos: Me ha dicho Don Fabricio que entre otras buenas calidades, tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha integridad. Estas dos cosas me han determinado á recibirte por mi servicio. Necesito un criado que me tenga afecto, cuide de mis intereses, y ponga todo su conato en conservar mis bienes. Es verdad que soy rico; pero mis gastos esceden todos los años á mis rentas. ¿Y por qué? porque me roban, porque me saquean, y vivo en mi casa

en como un monte lleno de ladrones. Sospecho que mi mayordomo y mi repostero caminan de acuerdo; y si no me engaño, ve aquí mas de lo que se necesita para arruinarme enteramente. Me dirás que si los contemplo bribones por qué no los despido; ¿pero en dónde hallaré otros que sean formados de mejor barro? Es preciso contentarme con hacer que vigile sobre ellos una persona encargada de inspeccionar su conducta. A tí, Gil Blas, he elegido para el desempeño de esta comision. Si la evacúas bien, ten por cierto que no servirás á un ingrato. Cuidaré de emplearte muy ventajosamente en Sicilia.

Despues de haberme hablado de esta manera, me despidió, y aquella misma noche delante de todos los criados fuí proclamado por superintendente de la casa. Por el pronto no fué muy sensible esta novedad al Mesines y al Napolitano, porque yo les parecia un picarillo fácil de ganar, y contaban con que, partiendo conmigo la torta, tendrian libertad para continuar su rumbo; pero al dia siguiente se hallaron muy chasqueados cuando les manifesté que yo era enemigo de toda malversacion. Pedí al mayordomo un estado de las provisiones: visité el depósito de los vinos, registré lo que habia en la repostería, quiero decir la vajilla y mantelería, y despues les echorté á mirar por el caudal del amo, á usar de economía en el gasto, y acabé mi echortacion con asegurarles que daria cuenta á su señoría de cuanto malo viesse hacer en su casa.

No me contenté con esto, sino que quise tener un espía para averiguar si habia alguna inteligencia entre ellos, y á este fin me valí de un marmiton, que, engolosinado con mis promesas, dijo que no podia haber escogido á otro mas á propósito que á él para saber lo que pasaba en casa: que el mayordomo y el repostero estaban aunados, y cada uno hurtaba por su parte: que todos los dias enviaban fuera la mitad de las provisiones que se compraban para el gasto de la casa: que el napolitano mantenía á una dama que vivia en frente del colegio de Santo Tomas: y el Mesines á otra en la puerta del Sol: que estos dos caballeros hacian llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas toda especie de provisiones: que el cocinero por su parte regalaba muy buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad; y que en agradecimiento de los servicios que hacia á los otros dos, disponia como ellos de los vinos del depósito. Finalmente, que estos tres criados eran la causa del gasto tan enorme que se hacia en casa del señor conde. Si vd. no me cree, añadió el marmiton, tómese el trabajo de estar mañana por la mañana á eso de las siete cerca del colegio de Santo Tomas, me verá cargado con un esporton que le hará ver que no miento.—Segun eso, le dije, eres el mandadero de esos galanes proveedores?—Yo soy, respondió, el que sirvo al repostero, y uno de mis camaradas hace los recados del mayordomo.



Esta noticia me pareció digna de averiguarse. El día siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del colegio de Santo Tomas á la hora señalada, No tuve que aguardar mucho á mi espía, pues bien pronto le ví llegar con un gran esporton lleno de carne, aves y caza. Conté las piezas y las apunté en mi libro de memoria, que fui á mostrar al amo, despues de haber dicho al marmiton que cumpliese como de ordinario su encargo.

El señor siciliano, que era de un carácter muy vivo, quiso en el primer impulso despedir al Napolitano y al Mesines; pero despues de haberlo pensado, se contentó con despedir al último, cuya plaza recayó en mí; por lo que mi empleo de superintendente quedó suprimido poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me pesó. Hablando con propiedad, esto no era mas que un empleo honorífico de espía, un destino que nada tenia de sólido; siendo así que llegando á ser señor mayordomo tenia á mi disposicion la caja del dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el eriado de mas suposicion en casa de un señor: y son tantos los gages anecsos á la mayordomía, que podria enriquecerse sin faltar á la hombría de bien.

El bellaco del Napolitano no dejó por eso sus malas mañas; y advirtiéndome que yo tenia un celo riguroso, y que así no dejaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraba, no las estraviaba; pero el tunante continuó haciendo traer cada día la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de lo sobrante de la mesa que de derecho le pertenecia, halló medio de enviar la carne cocida á su queridita, ya que no podia cruda. Aquel diablo nada perdia, y el conde nada habia adelantado con tener en su casa al fénix de los mayordomos. La escesiva abundancia que ví reinar en las comidas me hizo adivinar este nuevo ardid, é inmediatamente puse en ello remedio, despojándolas de todo lo supérfluo; lo que sin embargo hice con tanta prudencia, que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que continuaba siempre la misma profusion, y sin embargo no dejé de disminuir con esta economía considerablemente el gasto, que era lo que el amo deseaba: queria ahorrar sin parecer menos espléndido; de suerte que su avaricia se sujetaba á su ostentacion.

No pararon aquí mis providencias, porque tambien reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta, sospeché que habia tambien trampa por este lado. Efectivamente, si, por ejemplo, habia doce á la mesa de su señoría se bebian cincuenta y algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podia menos de causarme admiracion. Consulté sobre esto á mi oráculo, es decir, á mi marmiton, con quien yo tenia algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decia y hacia en la cocina, en donde nadie se recelaba de él. Me

dijo que el desperdicio de que yo me quejaba, procedía de una nueva liga que se había formado entre el repostero, el cocinero y los lacayos que servían el vino á la mesa: que estos se llevaban las botellas medias llenas, y las distribuían despues entre los confederados. Reñí á los lacayos, y les amenacé con echarlos á la calle si volvían á reincidir, y esto bastó para que se enmendasen. Tenía gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacía en su beneficio; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada día me cobraba mas afecto. Por mi parte recompensé al marmiton que me hacía tan buenos oficios, haciéndole ayudante de cocina. De este modo va ascendiendo un criado fiel en las casas principales.

El Napolitano rabiaba de ver que siempre andaba tras de él; lo que sentía mas vivamente era el tener que aguantar mis reparos siempre que me daba las cuentas, porque para quitarle el motivo de sisar, me tomé la molestia de ir á los mercados, é informarme del precio de los géneros, de suerte que le esperaba con esta prevencion; y como él no dejaba de querer remachar el clavo, yo le rechazaba vigorosamente, bien persuadido de que me maldeciría cien veces al día; pero la causa de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen. No sé cómo podía resistir á mis pesquisas, ni cómo continuaba sirviendo al señor siciliano: sin duda que él á pesar de todo esto hacia su agosto.

Contaba á Fabricio, á quien veía algunas veces, mis inauditas proezas económicas; pero le hallaba mas propenso á vituperar mi conducta que á aprobarla.—Quiera Dios, me dijo un día, que al cabo y al postre sea bien recompensado tu desinterés; pero, hablando aquí para los dos, creo que saldrias mas bien librado si no te estrellases tanto con el repostero.—¿Pues qué, le respondí, este ladrón ha de tener la osadía de poner en la cuenta del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que cuatro? ¿Y quieres tú que yo pase esta partida?—¿Y porqué nó? replicó serenamente; que te dé la mitad del aumento, y hará las cosas en forma. A fé mia, amigo, continuó meneando la cabeza, que no te sabes gobernar. Tú á la verdad echas á perder las cosas, y tienes traza de servir mucho tiempo, pues no te chupas el dedo teniéndolo en la miel. Has de saber que la fortuna es semejante á aquellas damiselas vivas y veleidosas á quienes no pueden sujetar los galanes tímidos. Reíme de las espresiones de Nuñez, que por su parte hizo otro tanto, y quiso persuadirme que aquello había sido solo una chanza: se avergonzaba de haberme dado inútilmente un mal consejo. Continué siempre en el firme propósito de ser fiel y celoso, atreviéndome á asegurar que en cuatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo menos tres mil ducados.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTEVIDEO, URUGUAY